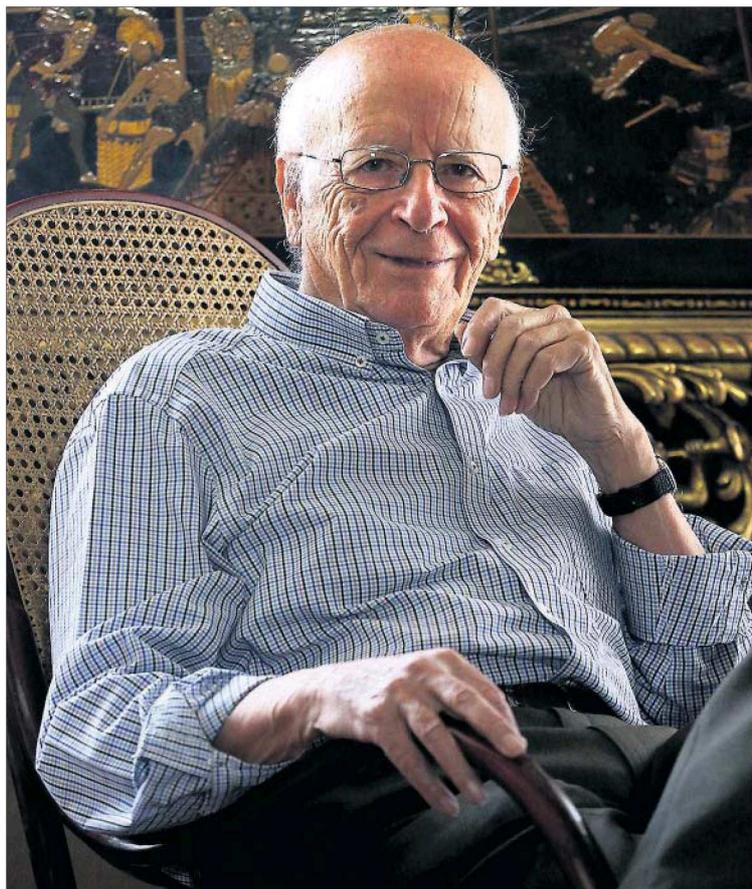


## CULTURA



Emilio Lledó, ayer en su domicilio de Madrid. / BERNARDO PÉREZ

EMILIO LLEDÓ Filósofo y ensayista

## “Ojalá este domingo regrese la decencia”

JESÚS RUIZ MANTILLA. Madrid Al bajar del vehículo, el taxista ofrece como cambio de la carretera hasta casa de Emilio Lledó, en Madrid, un billete de cinco euros. No hubo más remedio que devolverlo. A rotulador, en uno de los reversos, todo el valor que pudiera tener, lo ensombrecía una esvástica pintorrajada y una frase: “Muerte al islam”. Qué pertinente *shock* para visitar al maestro el día en que le concedían el premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades y allí mismo preguntarle: ¿A qué se debe tanta rabia?

“A la ignorancia”, responde, sin dudar, en uno de los butacones de su casa, forrada por alrededor de 10.000 libros. “A la ignorancia que es sinónimo de violencia; no entiendo por qué tenemos que vivir rodeados de tanto odio”. Para combatirlo, sirva de ejemplo en qué se encontraba imbuido el sabio, sereno profesor y académico, cuando ayer por la mañana recibía una llamada de Oviedo, sobre las 10, comunicándole que había recibido el galardón. “Estaba trabajando en una conferencia que debo dar en

la Casa del Lector esta tarde [por ayer] sobre la felicidad”. No a modo de autoayuda, sino tras 40 años de gozosa relación con Epicuro. “Fue cuando escribí mi ensayo sobre su filosofía. Ahora, de regreso a él, he querido revisarlo a fondo. Yo he cambiado mucho, pero, sin embargo, su pensamiento sigue intacto: indaga sobre el saber como una forma de abordar la vida en contraposición a Platón, que concibe la filosofía como una manera de afrontar la muerte. Epicuro nos quiere transmitir la existencia como sinónimo de esperanza, de futuro, de verdad, como una aventura que nos aleja del miedo a la muerte si la hemos vivido con decencia”.

Este último término se ha convertido hoy en una quimera para quien lleva toda la vida dotando de corazas éticas, de armas nutridas en la vitamina de la sana conciencia a sus discípulos, vengan de donde vengan. “Con que muestren curiosidad y pasión, me vale. Pocas veces he visto tanta como la que me demostraban los emigrantes andaluces que llegaban a Alemania

### Gana el premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades

### “Ahora más que nunca recomiendo la filosofía a cualquier joven”

en los años cincuenta. Entonces yo estaba dando clases en Heidelberg y les enseñaba gramática del idioma en el que se tenían que desenvolver. No sabes cómo lo agradezco. Más cuando nadie les había instruido jamás en gramática española”.

Lo hacía en las tabernas del centro, de forma desinteresada, con esa conciencia de codo con codo que le ha guiado tantas veces en la vida, desde que naciera en Sevilla hace 87 años. “Eran gentes admirables; me merece todo el respeto aquella parte de la población que agarraba una ma-

### Libros y premios para un pensador

Unos meses después de recibir los premios Nacional de las Letras, Antonio Sancha y Pedro Enríquez Ureña, el filósofo Emilio Lledó logró ayer el Premio de Asturias de Comunicación y Humanidades.

Es autor de libros esenciales como *Memoria del logos o Lenguaje e historia*. Acaba de publicar *Palabra y humanidad*.

letucha y se largaba a un país ajeno al suyo a ver qué les deparaba la vida. Para que luego digan de mis paisanos del sur lo que a veces declaraba ese tal Pujol acerca de su vaguería y los subsidios. Allí le quería haber visto yo”.

Volviendo a la decencia... Para Emilio Lledó, aquellos emigrantes la encarnaban como nadie. Y se hace urgente recuperarla: “Ojalá este domingo [día en que se celebran las elecciones autonómicas y municipales] regrese precisamente eso, la decencia. Debemos votar por ello. Sería una bendición que nos ayudaría a cortar el paso al engaño, la falsedad; resultaría toda una venganza contra los prepotentes”.

No comprende el pensador por qué se ha torcido y retorcido el verdadero eje de la política. “Para mí sigue resultando válido lo que Aristóteles resaltaba como gran característica de quien se dedique a ella considerando servicio público: una tarea para hombres decentes”, propugnaba el filósofo hace 24 siglos. “Sin embargo, ahora, está en gran parte en manos de lo contrario y, además, esa falta de virtud se exhibe con poder. Lo que debería ser la política se ha transformado en estupidez y chulería nauseabunda”.

De una habitación a otra, en la penumbra de su casa, el eco del teléfono retumbaba sobre las paredes forradas de tratados y las mesas plagadas de ensayos o discos, entre los que sobresalen algunos del pianista Glenn Gould. En los escasos huecos que dejan los libros bien toqueteados o los nuevos —como el último que acaba de recibir suyo, *Palabra y humanidad*, recién editado en Oviedo por KRK—, asoman retratos de familia y dibujos de sus nietas.

Palomas de la paz albertianas, esbozadas con la inocencia de quien desea arrancar una sonrisa al abuelo. “Cuando esto era una casa”, comenta un Lledó desbordado ayer de afectos, “en la mesa del comedor, se comía. Ahora sólo sirve para que ésta engulle los libros que no tengo dónde meter”. Hace seis meses ya ganó el Premio Nacional de las Letras

Manuales útiles para aprender lo que don Emilio considera una de las carreras más útiles y con más salidas del mundo: la filosofía. “Así lo creo. Ofrece herramientas y bagaje para pensar de manera amena lo que uno acaba opinando. La filosofía, como el río de Heráclito, fluye con cada momento y nos enseña a interpretar la sociedad en que vivimos. Yo la recomiendo ahora a cualquier joven más que nunca”.

## Una vida pensando

JUAN CRUZ

A Lledó le surgen alegrías por todas partes; en primer lugar, las nietas: lo llaman Nonno, se alegran de sus éxitos y se burlan de él; es un abuelo consentido y un padre feliz: del éxito de sus hijos y también de lo que hacen sus amigos. Su mente está poblada de nombres propios a los que guarda gratitud, por su presencia o por su magisterio. Montse, su mujer, a la que perdió muy pronto, está en la primera línea de esos afectos. Su emoción es amistosa siempre: no ofrece, ni en su esencia ni en su apariencia, un gramo de frivolidad.

Está comprometido con la vida y con la historia que ha vivido; de modo que sigue siendo, en un lugar muy visible de la memoria, el niño que se sometió a las enseñanzas de don Francisco, en la escuela de Vicalvaro, en la República, con la misma pasión agradecida que a las que luego tuvo de Gadamer, cuando era flaco como un árbol y se fue a Alemania a saber de la vida.

Esta presencia en Alemania fue decisiva en su vida y en su moral: estudiar no era sólo para aprender, sino para vivir. En aquel tiempo, aquí se vivía la escuela empobrecedora de la guerra, y allí vivió felicidad de combinar amistad y aprendizaje.

### Maridaje feliz

Con esa enseñanza se volvió a España, a Valladolid, a La Laguna, a Barcelona, a Madrid, y en todas partes ha ido dejando hermosa memoria. Los que estudiamos con él sabemos de los efectos de ese maridaje feliz: nunca dejó de interesarse por lo que vivían los otros. Esta vida de maestro le deparó una actitud que no es habitual a ciertas edades, probablemente desde que uno se hace adulto: Lledó no tiene ni envidia ni resentimiento, no habla de lo que sufrió en la guerra (con sus padres) con otro ánimo que el de hacerse a la mar de los abrazos entre los diversos y los diferentes.

Esa tolerancia incluye una intolerancia: no es lícito arrojar las verdades como puños para reproducir en este país lo que se siente como verdad absoluta. A él no le gusta que le recordemos esa frase: “Dentro de todo sí hay un pequeño no, y dentro de todo no hay un pequeño sí” (“¡Parece que es lo único que he dicho!”). Pero es equivalente a esa otra que escribió su Albert Camus sobre su manera de vivir: “El sol que reinó sobre mi infancia me privó de todo resentimiento”.

Él pudo haber sido avarioso y contrariado, pero en su esencia no están esos defectos que la gente asume como grupos malditos: nos ha enseñado a vivir pensando. Es un maestro feliz, al que ahora le caen encima tantas alegrías. Hoy, una más, en Asturias. Pero los que lo conocen saben que el primer recuerdo habrá sido la risa de sus nietas y la risa de Montse en el recuerdo.